

JORNALEROS DE LA PLUMA:
*La (re)definición del papel del
escritor-periodista en la revista
Madrid Cómico*

Margot Versteeg

ÍNDICE

Introducción: la imagen distorsionada de la revista <i>Madrid Cómicó</i>	9
1. Sinesio Delgado: los límites del periodismo festivo	49
2. La pluma de hacer pesetas: Leopoldo Alas, "Clarín"	99
3. Luis Taboada: las crónicas urbanas de un olvidado <i>flâneur</i> madrileño	141
4. Un hidalgo antiguo con el aspecto de un <i>clubman</i> moderno: Jacinto Octavio Picón	195
5. Jacinto Benavente, un "mozo iconoclasta" director de <i>Madrid Cómicó</i>	249
6. La "Gaceta de Madrid" de José Martínez Ruiz	289
Epílogo: hacia una (re)definición del papel del escritor-periodista	335
Obras citadas	343
Índice onomástico	363
Índice de periódicos	379

INTRODUCCIÓN: LA IMAGEN DISTORSIONADA DE LA REVISTA MADRID CÓMICO

Jornaleros de la pluma se centra en el estudio de una serie de autores muy heterogéneos que, durante las últimas décadas del siglo XIX, buscaron abrirse camino en el mundo de la literatura. Indaga en la lucha de estos hombres para darse a conocer, airear sus ideas y, en la mayoría de los casos, vivir de la pluma en la España de la Restauración. Ante la casi imposibilidad de encontrar en la venta de libros un medio de subsistencia, los autores en cuestión recurrieron al canal de la prensa, que les permitió acceder al gran público. Coincidieron en *Madrid Cómicó* (1880-1923), un periódico popular de amplia circulación entre las clases medias del momento, que supieron amoldar, cada uno a su manera, al servicio de sus propios intereses.

Un editor carismático (Sinesio Delgado), un crítico implacable (Leopoldo Alas, "Clarín"), un cronista popularísimo (Luis Taboada), un novelista elegante (Jacinto Octavio Picón), un modernista iconoclasta (Jacinto Benavente) y un joven rebelde de gran talento (José Martínez Ruiz) tienen en común que su lucha por reclamar un lugar en el campo de la producción cultural pasó por la revista *Madrid Cómicó*. Estos (pro)intelectuales, que sintieron una gran afición al periodismo, instrumentalizaron el semanario festivo e ilustrado madrileño con el fin de afirmarse como autores, y para dialogar, entre sí y con el público lector, sobre la nación, la literatura y su propio quehacer literario.

Si bien es cierto que *Madrid Cómicó* no fue, de lejos, el único periódico en el que escribieron, y que no todos publicaron al mismo tiempo

en la revista, también lo es que los autores en cuestión reconocieron unánimemente el papel importante que *Madrid Cómico* desempeñó en su carrera, y no sólo como medio de subsistencia. En la revista, para la que tuvieron un especial cariño, se afanaron por (re)definir el papel del escritor-periodista y pavimentar el camino hacia una mayor autonomía intelectual. Al mismo tiempo dieron un gran impulso a la renovación del artículo periodístico, del que lograron flexibilizar la forma, el lenguaje y el estilo. Extendiendo al máximo los límites impuestos por el periódico, crearon unos textos altamente dialógicos que les permitían hacer frente al sistema autoritario de la Restauración. Con sus paliques, crónicas, cartas y gacetas —que con frecuencia les servían de aprendizaje para su producción novelística o teatral posterior— se dedicaron a lo que Walter Benjamin llamó una “operación de rescate” del artículo periodístico, es decir, procuraron salvar el lenguaje de su condición envilecida en el periódico y elevarlo hacia un modo más literario (“The Author” 90).

La revista *Madrid Cómico* fue, por su impacto y longevidad, sin duda uno de los periódicos satíricos más populares de la Restauración. Esta popularidad no ha impedido que numerosos críticos posteriores vilipendiaran este seminario festivo ilustrado como literatura industrial y manifestación patética de cierta “tontera nacional” prevaleciente en los años bobos de la Restauración. *Madrid Cómico* ha sido menospreciado persistentemente por su autocomplacencia burguesa, sus manifestaciones desorbitadas del patriotismo anti-yanqui y por la sátira anti-modernista. Al respecto es elocuente la descripción de la revista que se ha publicado recientemente en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España, donde *Madrid Cómico* es presentada como “una revista antimodernista de carácter alegre y festivo, de humor castizo, en la que la política apenas está representada” (Hemeroteca).¹

¹ Marta Palenque se hace también eco de esta concepción de *Madrid Cómico* cuando escribe en 1998 en la *Historia de la literatura española. Siglo XIX*, coordinada por Romero Tobar: “Fundada en 1880, coincidiendo con el período de mayor auge de la poesía festiva, género que domina en sus páginas, y muy unida al “género chico” (los nombres son los mismos), va a editarse hasta 1923. La enorme popularidad de sus textos humorísticos y de sus caricaturas, en hábil conjunción, la convirtió para las nuevas generaciones en el símbolo de la mediocridad cultural de la burguesía restauradora y de su ficticio equilibrio, en la tumba de la oficialidad poética y de los criterios estéticos impuestos por la ideología dominante [...] Sobre todo durante la dirección de Sinesio

Si bien es innegable que el periodismo festivo de unos colaboradores *pro pane lucrando* ocupa una parte considerable de la publicación y que no faltan en la revista ninguno de los tres componentes mencionados, la concepción de *Madrid Cómico* como mera literatura industrial y anodina es reductora y distorsionada. Es reductora al no tener en cuenta la función liberadora de la literatura industrial, que permitía en el siglo XIX a muchos autores principiantes vivir de la pluma (Bourdieu, *Field* 55), y distorsionada al considerar la revista como un bloque monolítico y no distinguir bien entre las contribuciones de los diversos colaboradores, ni tampoco tener en cuenta las transformaciones importantes que *Madrid Cómico* sufrió en el curso de su larga vida. Diversos cambios de empresa o redacción, motivados por razones tanto económicas como ideológicas, introdujeron —no sin fricciones— importantes ajustes en la forma y el contenido de la revista. Nuevos colaboradores jóvenes aportaron ideas refrescantes, mientras que los viejos conocidos permanecieron en sus puestos para garantizar la continuidad. En vez de una entidad sin fisuras, *Madrid Cómico* es un conjunto polifónico con una ideología mixta, que ofrece amplio espacio para el diálogo entre los colaboradores. Éstos expresan unos puntos de vista diferentes y con frecuencia contradictorios, en los cuales el discurso político se infiltra, algunas veces más y otras menos, subrepticamente. El surtido abigarrado de posiciones y posibilidades reflejadas en la revista no es de ninguna manera desemejante del que ofreció la nación española durante la Restauración.

Los colaboradores de *Madrid Cómico* crearon en la revista un espacio discursivo para el debate crítico sobre la nación y buscaron el diálogo con los lectores a fin de animarles a participar activamente en este debate. Es bien sabido que Jürgen Habermas concede una especial importancia a la prensa periódica en lo que se refiere al surgimiento de una esfera pública, cuyo desarrollo se inició a finales del siglo XVIII y continuó durante todo el siglo XIX. Por esfera pública entiende el sociólogo alemán el foro de individuos privados que se reúnen para debatir sobre la regulación de la sociedad civil y la administración del estado (42). Es-

Delgado, entre 1883 y 1897, se impuso un madrileñismo costumbrista que enarboló el casticismo y el patriotismo como valores fundamentales. Durante los conflictos bélicos en Marruecos, primero, y en América, después, siempre utilizó un tono irónico y arrogante que calificaron de anacrónico los literatos más jóvenes de entonces. Por lo mismo, despreció toda clase de innovación y extranjerismo, cuyo mejor testimonio ofrece la crítica antimodernista, ejercida tanto en verso como en prosa" (Palenque, "Prensa" 69).

te foro puede constituirse físicamente en asociaciones culturales y casinos, pero también tomar la forma de una correspondencia epistolar o de la prensa. Al fundir la creación literaria y el discurso político en unos comentarios humorísticos o satíricos que incitaban a los lectores a la reflexión sobre la sociedad española decimonónica, *Madrid Cómico* se convirtió en un componente clave de la esfera pública y un elemento esencial para la formación de la nación.

Benedict Anderson ha insistido también en la importancia de la prensa para la formación de una nación. La cultura de la imprenta en general, y la prensa en particular, desempeñaron, según Anderson, un papel decisivo en la creación de unas “ideas de simultaneidad” que son cruciales para la creación y continuación de una conciencia nacional (37). Las “convenciones literarias” (33) de publicaciones como los periódicos y revistas aseguran al lector que los acontecimientos y personajes que aparecen y desaparecen de sus páginas continúan existiendo, generando de este modo un sentido de estabilidad en el grupo. Además, cada lector es muy consciente de que la ceremonia de la lectura del periódico es repetida simultáneamente por gran cantidad de otros lectores en cuya existencia confía. El hecho de que el lector sabe que otros comparten su experiencia contribuye a solidificar la “comunidad en anonimato” (36) que es la nación.

Así es que el periódico, que gracias al establecimiento de la nueva red de ferrocarriles podía ser leído simultáneamente por miles de lectores que vivían hasta en los rincones más remotos de la nación, fomentó en la segunda mitad del siglo XIX la construcción de un público lector nacional homogéneo, que tenía muchos intereses y preocupaciones en común (35). Esta comunión de intereses no quita para que los lectores individuales tuvieran convicciones políticas divergentes, de otra forma cualquier tipo de discusión hubiera sido imposible. Fue precisamente al reunir a los habitantes en una especie de sociedad de debate gigantesca como se creó la comunidad imaginaria que es la nación. Jo Labanyi, refiriéndose a la base del estado liberal, señala que la nación se concibió como una unidad capaz de aceptar diferencias en su seno. En las últimas décadas del siglo XIX, casi todos los miembros de la esfera pública se consideraban liberales, a pesar de tener unas opiniones altamente divergentes en cuanto a lo que era y debería ser la nación (“Relocating Difference” 170).

En el siglo XIX, España experimentó una complicada transición hacia la modernidad desde una sociedad tradicional y mayoritariamente